

# UN TRÁNSITO ANGOSTO

---

Massimo Livi Bacci

El fin de siglo coincide en Europa con el fin de un ciclo demográfico. Un ciclo de dos siglos de crecimiento durante los cuales la población se ha cuadruplicado a pesar de las guerras, de las emigraciones y del rápido descenso de la natalidad. Se cierra una etapa caracterizada por la abundancia de recursos humanos, que ha permitido el denso poblamiento del continente —desde el Atlántico a los Urales—, la expansión de la sociedad y el crecimiento de la economía. Hoy, la población ha dejado de crecer y según las más recientes previsiones empezará a descender en el próximo decenio. A mediados del siglo que viene, el descenso, que se anuncia ya en la estructura por edades, podría llevar a la población europea a los niveles de los primeros años 60 —con 100 millones menos que hoy. Los distintos aspectos de este sorprendente cambio de rumbo, desde la abundancia hacia la escasez de recursos humanos, son ya evidentes. La reducción del número de habitantes, en sí misma, no debería presentar problemas. En un continente intensamente poblado, con abundancia de productos manufacturados, de bienes producidos, consumidos y «desechados», podría ser incluso positivo. Nos inquieta, sin embargo, la enorme revolución en la estructura por edades que acompañará a esta recesión demográfica, debido al aumento de la población anciana improductiva, a la reducción de la población activa, al insuficiente recambio generacional, a la eventual necesidad de repartir el bienestar adquirido con huéspedes desconocidos, y a los profundos cambios en el reparto de beneficios entre adultos, jóvenes y ancianos.

En el pasado, el aumento de la población y su mayor densidad favorecían la división del trabajo, la apertura de nuevos mercados, las grandes inversiones públicas que de otra forma no hubiesen sido posibles, la articulación entre funciones urbanas y funciones rurales y la intensificación de la agricultura. Bajo múltiples aspectos el crecimiento de la población ha sustentado el desarrollo. «Gobernar es poblar» es un dicho que supone un compendio de experiencia. Para convencer a los Reyes Católicos de la bondad de su inversión, Colón no dudaba en decir que los valles del norte de la Española estaban bien cultivados y que «a las campiñas de Córdoba le parecía exceder cuanto el día excede a la noche en claridad» y de los indígenas que «llegaron tantos que parecían cubrir la tierra». Análogos parangones hará Cortés al asomarse al valle de México o Cieza de León en Perú o Oviedo por Veragua. Esta influencia «positiva» del crecimiento demográfico venía acompañada, naturalmente, por múltiples consecuencias negativas —abundantemente ilustradas por Malthus— con resultados desiguales en la historia de este continente. A partir de ciertos límites, sin embargo, el crecimiento demográfico deja de tener estos beneficiosos efectos de escala. En el siglo pasado, por poner un ejemplo, el aumento del comercio internacional ya fue capaz de anular la influencia negativa de la reducida dimensión de los países pequeños; la beneficiosa articulación urbana se había ampliamente realizado; el aumento ulterior de la masa de trabajadores dejaba de beneficiar a la división del trabajo.

Por lo tanto, puede afirmarse que el desarrollo actual depende poco o nada de las dimensiones alcanzadas por un país y de su tasa de crecimiento demográfico —solamente percibida como negativa cuando es demasiado alta o baja. El desarrollo depende en gran medida de la «capacidad» de los individuos —en conexión con sus recursos económicos y con el progreso técnico. Los economistas llaman a esta «capacidad», que se traduce en productividad, «capital humano» y al crecimiento del mismo calculado generalmente tomando en consideración el grado de instrucción atribuyen una cuota importante del crecimiento económico. Si no nos limitamos exclusivamente al aspecto económico, podremos admitir que a la «capacidades», “prerrogativas” o “dotaciones” de las personas están

estrechamente ligados otros aspectos del desarrollo que no pueden ser medidos en términos monetarios, pero que forman parte integrante del bienestar. Estas «capacidades» son fundamentales para generar, difundir o absorber los conocimientos y para sustentar el desarrollo, y comprenden aspectos biológicos, psicológicos, morales, cognoscitivos, de comportamiento e incluso de naturaleza demográfica. La tesis que aquí sostengo es que en la población europea estos componentes demográficos del conjunto de las capacidades individuales se han fortalecido durante el siglo XIX y buena parte del XX, sustentando así el desarrollo. Pero más recientemente su contribución se ha ido reduciendo y podría volverse negativa en los primeros decenios del siglo que viene. En otras palabras, no sólo estamos pasando de una fase de abundancia de los recursos humanos a otra de escasez, sino también de una fase de rendimientos crecientes a otra de rendimientos decrecientes.

La capacidad de sobrevivir, de fundar una familia, de reproducirse, de desplazarse de un lugar a otro forman parte del «capital» de cada individuo. Son atribuciones que tienen un valor individual y, sumadas todas ellas, tienen un valor social y forman parte del desarrollo. El valor de estas prerrogativas se puede entender mejor cuando se piensa en el coste de su negación. Esto es evidente cuando nos referimos a la supervivencia: matar, poner en peligro la vida de otros, negar el auxilio que puede salvar la vida van en contra del sentido común ético. Lo mismo ocurre si nos referimos a los obstáculos puestos a la elección de una pareja, al derecho a procrear (piénsese en la esterilización forzada) y a los obstáculos jurídicos puestos a los desplazamientos (por ejemplo, los siervos de la gleba). A los esclavos procedentes de África —llamados «piezas de Indias»— se les privaba de estas prerrogativas individuales; el patrón tenía derecho de vida y muerte, les desanimaba a casarse y reproducirse —cuando no lo prohibía sin más—, y coartaba la libertad de desplazamientos.

En los últimos dos siglos, cada generación se ha encontrado mejor «dotada» que la precedente, pero esta tendencia no es ilimitada y se vislumbran señales de un parón en este proceso e incluso de un retroceso. Fijémonos en la Europa mediterránea: el aspecto

más relevante de la mejora de la calidad demográfica está en el aumento de la esperanza de vida. Hacia el año 1880, la vida media de hombres y mujeres era de unos 35 años; hoy ha aumentado hasta los 78 años. Si se considera el período de vida activa (entre los 15 y los 65 años), a finales del siglo XIX se perdía por muerte alrededor de un 25 por ciento de este espacio, mientras hoy la pérdida es de apenas un dos por ciento. Este progreso no es sólo el fundamento del desarrollo sino también su mejor resultado. Pensemos cuál sería el valor de un año más de vida, caso de que pudiera contratarse en el mercado (véase, por ejemplo, el coste de determinados tratamientos médicos en situaciones de alto riesgo). El aumento en la esperanza de vida se ha visto acompañado por una mejora extraordinaria en el estado de salud de la población. En Italia, durante los años ochenta del siglo pasado, las estadísticas médicas militares indicaban que el soldado de infantería —un joven seleccionado por su fortaleza física— pasaba dos semanas de media al año de baja en enfermerías o en hospitales militares debido a enfermedades diagnosticadas por los médicos militares, que no eran precisamente hermanitas de la caridad. Una estadística reciente constata que los jóvenes italianos pasan dos días de media al año enfermos en la cama, y no hay duda que las diagnósticas de uno mismo y de sus padres son mucho menos severas que las de los militares.

A finales del siglo XIX, el paludismo segaba anualmente varias decenas de miles de vidas en el área mediterránea europea y las estadísticas oficiales contaban centenares de miles de enfermos, cifra que los expertos elevan a varios millones. Los enfermos sufrían sucesivos ataques debilitadores que duraban de dos a cuatro semanas; y su capacidad de trabajo se reducía notablemente. Se puede decir que el paludismo tenía un efecto sumamente negativo sobre la calidad de vida de poblaciones enteras. Casi toda Grecia, al menos la mitad del territorio italiano y una buena parte de la Península ibérica estaban afectadas por el paludismo y se consideraban zonas de algo riesgo. Esta patología sólo fue erradicada hacia mediados de este siglo. Otras enfermedades sociales —pensemos en la tuberculosis, el raquitismo y la pelagra—, así como toda la gama de enfermedades infecciosas, incidían de forma importante en el

estado de salud. Finalmente, la incidencia de los traumatismos y de sus consecuencias era incluso mayor en la sociedad rural de finales del siglo XIX que en la segunda mitad del siglo XX, pese a la industrialización y a la motorización de la sociedad moderna. La vida del campesino del siglo pasado era mucho más azarosa que la de un viajante de comercio o la de un obrero de nuestros días.

Estos datos nos hacen reflexionar sobre el gran cambio en las condiciones de salud y, por lo tanto, sobre la mayor cota de eficacia lograda durante el último siglo. Pero los progresos, sin embargo, no pueden ser infinitos si pensamos que el descenso de la mortalidad tiene un límite que ya es muy próximo en las edades jóvenes y adultas. Los progresos posibles afectan sobre todo a la edad anciana: se puede prolongar la vida porque determinadas patologías aparecen más tarde y porque se dispone de mejores tratamientos que permiten una mayor supervivencia. También es posible que a algunas patologías se les impide matar pero no se consigue evitar el sufrimiento o la incapacidad física o mental debido a ellas. Caso de que aumentase la parte del ciclo vital vivida en condiciones precarias —y no existen, por el momento, datos que certifiquen lo contrario— sería muy arriesgado llamar progreso a este aumento en la esperanza de vida.

Otros cambios en las prerrogativas demográficas han producido efectos favorables, aunque menos notables que los relacionados con el aumento en la supervivencia y en la salud. El fenómeno más destacado es el control de la natalidad y la consiguiente reducción de la fecundidad, desde una media de 5 hijos por mujer en la segunda mitad del siglo XIX, al umbral del reemplazo con cerca de dos hijos a finales de los años 70, y peligrosamente cerca de un solo hijo en estos últimos años. El perfecto «control» de la reproducción es evidentemente una prerrogativa importante y se ha valido de la superación de obstáculos institucionales, tales como los que consideraban la propagación y difusión de los anticonceptivos como actos ilícitos penados y el aborto como un acto criminal. Desde una óptica económica, la reducción de la carga de los hijos habría producido un cambio en las rentas familiares, pasando del consumo al ahorro. Pero las ventajas para el desarrollo consisten también en la «libe-

ración» del tiempo y de las energías de los padres, y sobre todo de las madres, que ya no están absorbidas por una tasa de reproducción elevada, en gran parte disipada gracias a la reducción en la mortalidad en la infancia. En el periodo pre-industrial del siglo XIX gran parte del ciclo vital de la mujer estaba ocupado biológicamente (embarazo, puerperio, lactancia) y socialmente (cuidado de los hijos) y pocas eran sus posibilidades de trabajo fuera de la familia o del negocio familiar. La reducción de la fecundidad ha permitido una mayor disponibilidad para el trabajo de las mujeres en actividades remuneradas fuera del hogar y una transferencia de sus energías y de sus capacidades hacia otras actividades en la sociedad, con beneficio para el desarrollo económico y social. No obstante, esta influencia positiva ya se ha agotado; una mayor reducción de la fecundidad tendría repercusiones negativas tanto desde un punto de vista colectivo como individual, frustrando las expectativas de maternidad y de paternidad hoy muy difusas pero que los estudios muestran como no satisfechas.

Para terminar, también es cierto que la capacidad de desplazarse en busca de situaciones más favorables, permitiendo una mejor distribución de los recursos humanos, experimentó un refuerzo gradual, aunque no lineal, en el pasado, que ha sido seguido por una disminución en tiempos más recientes. La reducción de las actividades agrícolas ha disuelto el vínculo entre suelo y residencia; la tecnología de los transportes ha reducido el coste de la movilidad. Esta alta movilidad interna ha permitido una profunda redistribución de la población en Italia y en España, en función de los procesos de industrialización y desarrollo. Sin embargo, en los últimos años, esta capacidad de desplazarse ha sido menos sensible a los impulsos que antaño la afectaban enormemente. Una vez superado un determinado nivel de instrucción y de bienestar, aumenta la percepción del coste de un traslado, unido a la percepción de debilitamiento e incluso de pérdida de los vínculos familiares y sociales, de privilegios (verdaderos o presuntos), de protección y de estatus, o de una identidad cultural ligada al lugar de origen. Los tradicionales alicientes económicos parecen tener menor fuerza como nos indica, por ejemplo, la escasa movilidad interna entre regiones que tienen

tasas de desempleo muy diferentes, o a la escasísima migración intraeuropea incluso entre regiones con un fuerte desnivel económico pero separadas por una frontera. La tradicional función equilibradora de la movilidad se atenúa.

Durante un largo período de la historia, la demografía ha sustentado el desarrollo y el crecimiento de la población, ha generado economías de escala, división del trabajo y de las funciones sociales y económicas, la apertura de nuevos mercados y la expansión de los existentes, y el desarrollo de las ciudades y de las grandes infraestructuras. A partir de la Revolución Industrial el signo positivo del cambio demográfico se ha debido, sobre todo, al refuerzo de estas prerrogativas y calidades analizadas hasta aquí y que son parte integrante del capital humano. Reducción de la mortalidad, mejor salud, mejor y mayor control de los procesos de constitución de la familia, refuerzo del control de la natalidad, capacidad de desplazarse en búsqueda de nuevas oportunidades: estos son aspectos del capital humano no menos importantes que el grado de instrucción y la naturaleza de los conocimientos adquiridos. En este sentido la demografía ha contribuido a generar rendimientos crecientes del capital humano. En los últimos decenios, sin embargo, este proceso se ha debilitado, e incluso amenaza con cambiar de dirección. En el nuevo siglo la escasez numérica de recursos humanos podría añadirse a los rendimientos decrecientes de las calidades demográficas. El viento de la demografía, que durante siglos ha soplado a favor, está cambiando de dirección.